

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, diciembre de 1894 ✧ NÚMERO 8

— Con el presente número se entregará el cuaderno 8.^o de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL AVE QUE HABLA, EL ÁRBOL QUE CANTA Y EL AGUA AMARILLA: El funcionario quedó sumamente
asombrado al ver en la canastilla un niño

SUMARIO

Los corsarios berberiscos (*conclusión*).—El ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla.—El caballo blanco (*continuación*).—Variedades.

LOS CORSARIOS BERBERISCOS

(*Conclusión*)

Como el piloto tenía muchas oportunidades de salir, algunas veces se encontraba con varios de sus compañeros, particularmente aquellos que servían también como esclavos á los plantadores ó colonos que habitaban á corta distancia de la ciudad. A uno, sobre todo, veíale siempre el día de mercado, pues debía conducir varios productos del país para la venta, y ya se comprenderá que los dos hombres trabaron íntima amistad.

Por su buen comportamiento y su celo en el trabajo, el piloto mereció muy pronto la confianza de su amo, que á menudo le enviaba fuera. En una de aquellas ocasiones, los mercaderes recibieron aviso de que iba á efectuarse una venta de esclavos, los cuales eran tripulantes de una polacra portuguesa recientemente apresada.

Parece que este buque había hecho una desesperada resistencia, que ocasionó la muerte del capitán y de la mitad de sus tripulantes. Los demás, aunque muy jóvenes, eran sanos y robustos, y, por lo tanto, esperábase venderlos á buen precio. El amo del piloto y otros dos mercaderes compraron seis, á quienes se condujo, por lo pronto, á la prisión, hasta que se decidiera de ellos.

A la mañana siguiente, el piloto recibió orden de conducir los seis prisioneros á casa de su amo, y para esto presentóse al alcaide para que le acompañase á la prisión.

Al acercarse, vieron que la puerta exterior estaba abierta de par en par, y al llegar á la segunda encontraron al carcelero tendido en tierra, bañado en su sangre y muerto ya. Alarmados ante este espectáculo, dirigiéronse presurosos á la puerta exterior para pedir auxilio, y, juntamente con varios oficiales, volvieron á la prisión, donde se vió que los seis hombres que buscaban se habían fugado. Al saber esto, el mercader acudió presuroso para que se practicasen pesquisas; pero resultaron completamente inútiles. Sin embargo, como no faltaba en el puerto ninguno de los barcos y botes que había, era evidente que los fugitivos se habían ocultado en alguna parte, y así resultó ser, en efecto. Practicóse una exploración á lo largo de la costa, y en la tarde del tercer día se les encontró ocultos en unas rocas cerca del mar, donde esperaban ocasión de apoderarse de un bote para huir. Recobrados los prisioneros, hubieron de comparecer ante el cadí, y, después de un breve interrogatorio, se condenó á su jefe á ser ejecutado al día siguiente. En semejantes ocasiones, es costumbre que todos los esclavos vayan á presenciar la ejecución, á fin de que el ejemplo les re-

traiga de una tentativa, y el amo del piloto no dejó de enviar á éste á presenciar el acto.

A la hora señalada habíase reunido una considerable multitud, y el piloto tuvo la satisfacción de encontrar á varios de sus compañeros y compatriotas, aunque todos deploraban sinceramente su reunión con tal motivo, tanto más cuanto que veían las consecuencias que inevitablemente debían seguirse en el caso de intentar, por su parte, recobrar la libertad.

Después de muchos preparativos, el infeliz fué ahorcado, y después arrastráronle con una cadena.

Esta ejecución produjo una impresión profunda en el ánimo del piloto del *Washington* y de sus compañeros, tanto, que, sin pensar en las consecuencias, resolvieron aprovechar la primera oportunidad para huir de aquel abominable país. Habían recibido orden de volver al día siguiente al mismo sitio, porque otro infeliz debía sufrir la misma pena; y como esto era ya demasiado para ellos, convinieron en reunirse á la mañana siguiente á primera hora para concertarse sobre los medios de emprender la fuga tan pronto como fuera posible. El primero que hizo la proposición, dijo que la casa inmediata á la de su amo estaba situada á cinco millas de Trípoli y á una de la costa; que él trabajaba siempre en los jardines, y conocía muy bien una pequeña caleta, en cuya extremidad había dos ó tres chozas de pescadores, que siempre amarraban sus botes á pocos pasos de distancia, pero á la vista de un perro encadenado, para conocer por sus ladridos si se acercaba algún extraño, pues ellos dormían en tierra. Añadió que, en su opinión, lo mejor sería envenenar al perro aquella noche, á fin de evitar que diese la alarma, y apoderarse después de una de las embarcaciones. A primera vista, esto pareció muy lisonjero y bien pensado, y todos aprobaron la proposición; pero siete de los oyentes reflexionaron después que el plan no era aceptable. Consideraban como una locura confiar su salvación á un bote, sin víveres, ni agua, ni los efectos más necesarios, teniendo ante sí un vasto mar, en el que probablemente sería necesario navegar muchos días, expuestos á que cualquiera de los buques que encontrasen les obligaran á volver ó interrumpiesen su marcha bajo un pretexto ú otro.

El piloto emitió la opinión de que, como aquel día era el último de agosto y el día 5 de septiembre debía celebrarse la fiesta del profeta Mahoma, para la cual se hacían entonces grandes preparativos, convendría que cada hombre reservase una porción de su alimento diario y lo depositara en un lugar secreto. Como dicha festividad sería general, era indudable que todas las clases del pueblo se ocuparían en la práctica de sus ritos religiosos, y también podía suponerse, sin temor de engañarse, que los citados pescadores irían á Trípoli con motivo de la solemnidad, en cuyo caso se debería aprovechar esta ocasión para emprender la fuga. Todos aprobaron la idea del piloto, consintiendo en que les sirviera de guía.

Después eligieron un sitio á cierta distancia de la ciudad, señalando una hora para la ejecución del proyecto, prometiendo cada cual ahorrar, entre tanto, los víveres que le fuera posible, para reunir la mayor cantidad que fuese dado.

Terminado el interrogatorio del infeliz portugués, ordenóse su ejecución. El pobre hombre se mostraba menos resignado que el otro, y el verdugo hubo de apelar á la fuerza para desempeñar sus funciones. Suponíase que los dos ajusticiados eran los que habían cometido el asesinato del carcelero; pero como no se había instruído causa, no se podían hacer más que conjeturas. Los jueces de aquel Gobierno arbitrario sentencian como les place. Algunos sufren la pena de muerte sin haberse averiguado si son verdaderamente culpables; y cuando se cree conveniente dar un ejemplo, elígese uno de los esclavos menos útiles, para condenarle á muerte.

Apenas el infeliz hubo recibido la muerte que puso término á sus padecimientos, muy poco antes de ponerse el sol, la gente comenzó á dispersarse; pero el cadáver debía quedar colgado hasta cierta hora del día siguiente, porque está mandado que los cuerpos de los ajusticiados permanezcan algunas horas en el patíbulo, á fin de que su presencia produzca más honda impresión en el ánimo de los que le ven.

Los tripulantes americanos, después de haberse despedido cariñosamente, marcharon cada cual por su lado, deseosos de que llegase la hora de recobrar su libertad. Los pocos días que transcurrieron parecieronles siglos.

En la tarde del 5 de septiembre encontráronse con toda puntualidad en el sitio señalado, y sin perder tiempo dirigiéronse á la caleta que ya conocían todos. Después entraron atrevidamente en las chozas, donde no vieron más que dos mujeres y una niña, pues toda la gente había ido á Trípoli, como ya esperaban los tripulantes. Las mujeres se alarmaron ante aquella intrusión, y, comprendiendo, sin duda, el designio de los que entraban, arrodilláronse, pidiendo merced; pero la niña, muy atrevida, al parecer, dirigíase con disimulo hacia la puerta, y fué preciso detenerla; pues, de lo contrario, podía haberlos descubierto, dando la alarma con sus gritos. El piloto tuvo á la niña entre sus brazos, mientras sus compañeros trataban de tranquilizar á las mujeres con toda suerte de seguridades, asegurándoles que no se les haría ningún daño si permanecían quietas. Sin embargo, la prudencia obligó á los fugitivos á ligar á la mujer anciana con unas cuerdas, pero sin causar el menor daño. Hecho esto, proveyéronse de los efectos más necesarios que encontraron, y entre los cuales había algún pescado seco, siempre útil para aumentar la cantidad de víveres.

Entonces le ocurrió al piloto que el perro, que había quedado para guardar los botes, podía ser un antagonista muy enojoso; pero como era probable que conociese á la niña, juzgó oportuno llevársela en brazos para granjearse

su afecto. Sin embargo, no consintió en ir con él hasta que se le hubo repetido varias veces que se la cuidaría mucho.

Preparados así los fugitivos, el piloto hizo entrar á la niña en el bote, é invitóla á decir algo al perro, que con esto se apaciguó. Entonces le ataron á una larga cadena que se soltó después, y, aprovechando una oportunidad, arrojósele á bordo. Los compañeros del piloto se embarcaron después, y, habiendo dejado á la niña en tierra, recomendándole que volviera á la choza cuanto antes para desligar á la anciana, alejáronse de tierra, remando con todas sus fuerzas. El perro, que había saltado al agua, llegó á la orilla también y reunióse con la niña, que permaneció algún tiempo donde la habían dejado, con la vista fija en el bote, como para observar sus movimientos. Con su ademán y su sonrisa parecía revelar que estaba satisfecha y que felicitaba á los fugitivos por su buen éxito.

En el bote encontraron, por fortuna, un barril de agua, que fué sumamente útil.

Debieron remar mucho antes de que soprase la más leve brisa; pero, al fin, les ayudó un viento favorable, y, tendiendo la vela, enderezaron el rumbo hacia Malta, á donde llegaron al cabo de doce días, no sin vencer muchas dificultades, rendidos de fatiga y exhaustos.

Aquí encontraron providencialmente un buque que debía hacerse á la vela muy pronto con rumbo á Inglaterra. El capitán los admitió á bordo, aceptando sus servicios como pago del pasaje.

Nada ocurrió de particular durante la travesía, y poco tiempo después llegaron sanos y salvos á su país natal, que volvieron á ver con la alegría de hombres que, después de haber estado en peligro de muerte, encontrábanse ya seguros en medio de sus compatriotas.

EL AVE QUE HABLA, EL ÁRBOL QUE CANTA Y EL AGUA AMARILLA

Hubo un emperador de Persia, llamado Khoosroo, que cuando ciñó la corona quiso tener conocimiento de todos los asuntos, y por esto complaciase en correr aventuras nocturnas, acompañado de un fiel ministro. Con frecuencia paseaba disfrazado por las calles de la ciudad, y esto le divertía mucho.

Después de celebradas las ceremonias del funeral de su padre, y después de tomar posesión del trono, el nuevo sultán, así por inclinación como por deber, salió una noche acompañado de su gran visir, disfrazado como él, á fin de ver qué ocurría en la ciudad.

Al pasar por una calle de los barrios bajos, donde apenas habitaba más que la clase menesterosa, oyó hablar muy alto en una casa, y, acercándose á ella, miró por una grieta de la puerta, vió luz y tres jóvenes sentadas en un canapé, hermanas, al parecer, y que acababan de cenar. Por lo que la mayor dijo, comprendió que hablaban de los deseos de cada una.

—Puesto que cada una de nosotras debe dar á conocer lo que desearía,—decía la mayor,—declararé que yo quisiera casarme con el panadero del sultán, porque entonces comería de ese pan tan exquisito que todos elogian. Este es mi deseo, y ahora dinos cuál sería el tuyo.

—Por mi parte,—contestó la segunda hermana,—diré que quisiera ser esposa del jefe de cocina del sultán, porque entonces comería de esos exquisitos manjares que se sirven á la mesa del soberano. Ya ves,—añadió, dirigién-

Así se hizo; y á la hora señalada por el soberano, el visir presentó á las tres jóvenes.

—¿Os acordáis,—preguntóles el sultán,—de los deseos manifestados por vosotras en vuestra conversación de anoche? Contestadme la verdad, sin rodeos.

Al oír estas inesperadas palabras, las tres jóvenes quedaron confundidas. Bajaron la vista y ruborizáronse; pero las sonrosadas mejillas de la más joven fueron las que más cautivaron su corazón. La modestia y el temor de



LOS CORSARIOS BERBERISCOS: Encontraron al carcelero tendido en tierra

dose á la hermana mayor,—que tengo mejor gusto que tú.

La hermana más joven, verdaderamente hermosa y dotada de más talento y atractivos que las otras dos, contestó á su vez:

—En cuanto á mí, hermanas, no limitaré mis deseos á semejantes bagatelas. Yo me remonto á más altura, y, puesto que se trata de manifestar sinceramente nuestro deseo, diré que yo quisiera ser esposa del sultán. Yo le haría padre de un príncipe que tendría el cabello rubio como el oro, las mejillas como rosas y los labios rojos cual las cerezas.

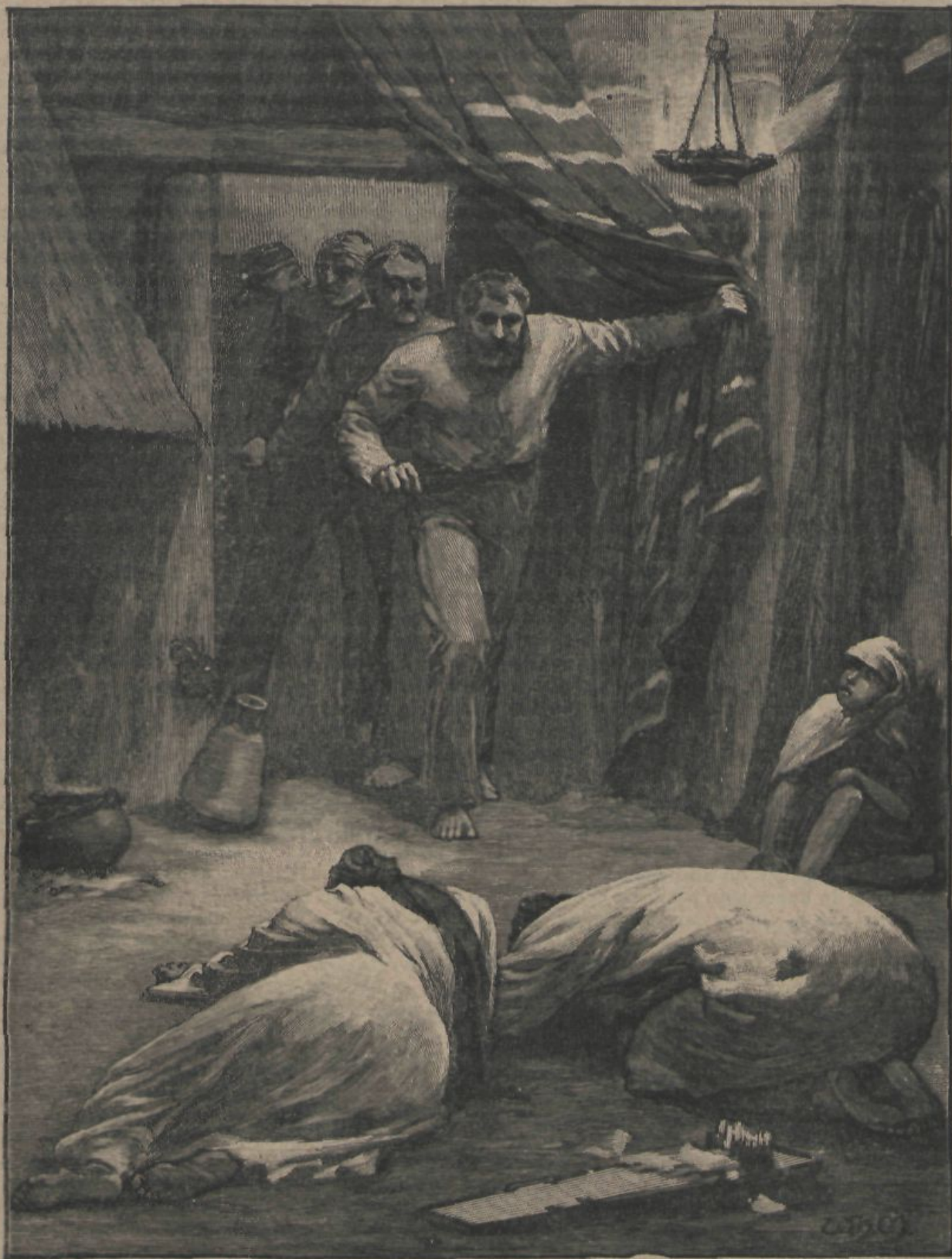
Los tres deseos de las hermanas, particularmente el de la más joven, parecieron tan singulares al sultán, que resolvió complacerlas; y sin comunicar su designio al gran visir, encargó que tomara las señas de la casa y que condujese á las tres hermanas á su presencia al día siguiente.

haber ofendido al sultán con su conversación hizo enmudecer á las tres hermanas. Mas, al notar el soberano su aturdimiento, quiso reanimarlas.

—No os he enviado á buscar,—dijo,—para afligiros ni perturbaros; y, puesto que mi pregunta os molesta, al parecer, como yo conozco el deseo de cada una, voy á desvanecer desde luego vuestros temores. Tú,—añadió, dirigiéndose á la menor,—deseabas ser mi esposa, y quedarás complacida hoy mismo; y vosotras tendréis cada cual el esposo que ambicionáis, es decir, mi panadero para una y mi jefe de cocina para la otra.

Apenas el sultán hubo pronunciado estas palabras, la hermana menor, dando el ejemplo á las otras, arrojóse á los pies del sultán para demostrar su gratitud.

—Señor,—dijo,—ya que conocéis mi deseo, debo manifestar que lo expresé sencillamente



LOS CORSARIOS BERBERISCOS: Las mujeres arrodilláronse, pidiendo merced

en la conversación, más bien por broma y sin tener la menor idea preconcebida. Soy indigna de semejante honor, y os suplico que me perdonéis mi presunción.

Las otras dos hermanas se hubieran excusado también; pero el sultán las interrumpió.

—No, no,—repuso.—Se hará como yo he di-

cho, y los deseos de vosotras tres quedarán satisfechos.

Efectivamente: las bodas se celebraron aquel mismo día, como el sultán lo había resuelto; pero de diferente manera. La de la hermana más joven se solemnizó con toda clase de regocijos, como los acostumbrados en los casa-

mientos de los emperadores de Persia, y las de las otras dos hermanas según la calidad y distinción de sus esposos: el uno como panadero del sultán, y el otro como jefe de cocina.

La hermana mayor y la segunda comprendieron muy pronto la desproporción de sus casamientos, comparados con el de la más joven; y, al reflexionar sobre esto, no quedaron nada contentas, por más que se hubiesen cumplido sus deseos con creces. Entonces penetró en sus corazones la envidia, que no sólo les robó la alegría, sino que fué causa de mucha perturbación y aflicciones para la hermana más joven, esposa del sultán. No tuvieron oportunidad de comunicarse sus impresiones sobre la preferencia del sultán; pero preparáronse para la celebración de sus matrimonios. Pocos días después, cuando tuvieron la oportunidad de verse en los baños públicos, la mayor dijo á la otra:

—¿Qué te parece de la gran fortuna de nuestra hermana? ¿La crees tú propia para ser reina?

—Debo confesar,—contestó la otra,—que no me explico qué encantos haya podido ver el soberano en nuestra hermanita para quedar tan prendado de ella. ¿Será porque tiene unos pocos años menos? En justicia, debía haberte preferido á ti.

—Hermana,—repuso la mayor,—yo no hubiera sentido que el sultán te hubiese dado la preferencia á ti; pero que haya ido á elegir á esa gitanilla, es cosa que me ofende. Sin embargo, yo me vengaré; y como tú estás tan interesada como yo, te propongo adoptar medidas y que obremos de concierto en la causa común. Manifiéstame todo lo que creas más oportuno para mortificar á esa chicuela, y, por mi parte, te comunicaré todo cuanto mis deseos de venganza me sugieran.

Después de hacer este perverso convenio, las dos hermanas se vieron con frecuencia, y cada vez se consultaban sobre los medios que serían más propios para perturbar la felicidad de la reina. Propusieronse muchos planes; mas, al deliberar sobre la manera de ponerlos en ejecución, veían tantas dificultades, que no se atrevieron á llevarlos á cabo.

Entretanto, á menudo iban juntas á visitar á la sultana, con perverso disímulo, y manifestábanle siempre las mayores pruebas de afecto y cariño para persuadirla de que les complacía en extremo ver á su hermana en tan elevada posición. La reina, por su parte, recibía muy bien á sus hermanas, mostrándose sumamente bondadosa, pues amábalas tan cordialmente como antes, y no se enorgullecía de su encumbramiento.

Algunos meses después del casamiento de la sultana, cuando se acercaba la hora de que diese un heredero al trono, con gran contento del soberano, las dos hermanas creyeron llegada la oportunidad de poner por obra su proyecto. Presentáronse en palacio para complimentar á la sultana, y ofreciéronle sus servicios. Por influencia de aquélla, el monarca dió su consentimiento para que se las admitiese, y

desde entonces las dos fueron á menudo al palacio, gozándose con la perspectiva de llevar á cabo el infame proyecto que meditaban.

Al poco tiempo nació un príncipe, hermoso como un sol; pero ni su inocencia ni sus atractivos bastaron para conmovir los crueles corazones de las desapiadadas hermanas. Envolviéronle cuidadosamente en las ropas, metiéronle en una canastilla y llevaron ésta á la corriente de un pequeño canal que se deslizaba al pie de las habitaciones de la sultana, después de haber sustituido la criatura con un perro muerto, el cual presentaron al soberano como su hijo. El sultán se enfureció tanto al ver esto, que hubiera dado muerte á su esposa si el gran visir no le hubiera advertido que, en justicia, no podía hacer responsable á su esposa de los caprichos de la naturaleza.

Entretanto, la canastilla que conducía al príncipe era arrastrada por la corriente más allá de una pared que limitaba las habitaciones de la reina, y desde allí flotó hasta los jardines. Por una casualidad, el encargado de su conservación, funcionario importante en el reino, pues también era intendente, paseábase en aquella hora por el canal, y al ver la canastilla que flotaba ordenó á un jardinero que fuese á cogerla para ver qué contenía. El hombre, sirviéndose de la pala que tenía en la mano, atrajo el objeto á la orilla, recogiólo y lo entregó.

El funcionario quedó sumamente asombrado al ver en la canastilla un niño que, á pesar de ser recién nacido, tenía unas facciones tan finas. Aquel hombre era casado hacía años, y, contra su deseo de tener hijos, su esposa no le había dado ninguno. Aquel incidente bastó para que interrumpiera su paseo. Mandó al jardinero que le siguiera con la criatura, y, llegado á su casa, situada cerca de allí, presentóse á su esposa.

—Mujer,—díjole;—como no hemos tenido hijos, Dios nos ha enviado uno. Te recomiendo esta criatura, busca una nodriza, y que la cuide como si fuera nuestro hijo, pues desde este momento le reconozco en calidad de tal.

La mujer del intendente recibió el niño con mucha alegría, y complacióse en cuidar de él con toda la solicitud de una madre. Su esposa no se había tomado la molestia de preguntar de dónde procedía el niño. Sin duda, debió comprender que no venía desde lejos; pero parecióle oportuno abstenerse de tomar informes sobre el caso, para no producir perturbación en un lugar en donde la paz era tan necesaria.

Al año siguiente nació otro príncipe, del que las desnaturalizadas hermanas no tuvieron más compasión que del primero, y, procediendo de igual manera, colocáronle en una canastilla, que abandonaron á la corriente del canal, pretendiendo esta vez que la sultana había dado á luz un gato.

Fortuna fué para el niño que el intendente paseara también por los jardines el día que se hizo esto, pues mandó recoger la criatura, y entregósele á su esposa, la cual se alegró esta vez no menos que la primera.

El sultán de Persia se encolerizó aún más esta vez contra la reina, y, á no ser por las observaciones del gran visir, la infeliz hubiera muerto á sus manos.

La sultana dió después á luz una princesa, que sufrió la misma suerte de las dos criaturas anteriores, pues las dos hermanas habían resuelto no desistir de su diabólico plan hasta que la reina fuese expulsada del palacio y humillada; pero la tierna niña, así como los dos príncipes, fué conservada por la compasión y caridad del intendente.

Esta vez las dos hermanas presentaron al sultán un pedazo de madera, afirmando que había sido dado á luz por la reina.

El monarca no pudo contenerse ya más.

—¡ Esa mujer es un monstruo, — exclamó, — y debo librar al mundo de ella!

Y pronunció la sentencia de muerte, ordenando al gran visir que la pusiera en ejecución.

El gran visir y los cortesanos, allí presentes, arrojáronse á los pies del emperador, suplicándole que revocara la sentencia.

—Espero que V. M. me permita hacer presente, — dijo el gran visir, — que las leyes hechas para condenar á las personas á muerte tienen por objeto el castigo de los crímenes. Los tres partos extraordinarios de la reina no pueden considerarse como delitos, porque no veo en qué pueda haber contribuido para producir semejantes fenómenos. En otras mujeres se observan casos análogos; pero, en vez de castigo, merecen compasión. Vuestra Majestad podrá abstenerse de ver á su esposa; pero, al menos, debe dejarla vivir. La aflicción que pasará durante el resto de su vida, después de la pérdida de vuestro favor, será más que suficiente castigo.

El sultán tuvo en cuenta estas observaciones, y reflexionó que, en realidad, era injusto condenar á su esposa á muerte por lo que había sucedido.

—Pues bien, — contestó, — perdonaré su vida, pero con tales condiciones, que más de una vez cada día ella misma deseará morir. Que se construya un cobertizo á la puerta de la mezquita principal, sujeto con barras de hierro á las ventanas, y coloquen allí á esa mujer, con un traje de tosca lana, á fin de que cada musulmana que vaya á la mezquita pueda esculpir en el rostro á la que fué mi esposa. Si alguno dejare de hacerlo, le someteré al mismo castigo; y, para que se me obedezca puntualmente, os encargo á vos, gran visir, nombrar desde luego vigilantes.

El sultán pronunció esta sentencia con tan grave tono, que el gran visir se abstuvo de hacer observaciones, cumpliéndose la orden á satisfacción de las dos envidiosas hermanas.

Construyóse un cobertizo, y la reina, verdaderamente digna de compasión, fué expuesta allí de una manera ignominiosa al desprecio del pueblo, lo cual sufrió con tan paciente resignación, que excitó la compasión de los que juzgaban las cosas más juiciosamente.

Los príncipes y la princesa eran criados, en-

tretanto, con la mayor solicitud, y el intendente y su esposa considerábanlos como sus propios hijos.

A medida que avanzaban en edad, mostrábanse cada vez más dignos; pero la princesa, particularmente, distinguíase por su docilidad y sus inclinaciones, diferentes de las de los niños comunes, así como por cierto aire que no podía menos de pertenecer á una niña de elevada cuna. Todo esto aumentó el cariño que el intendente y su esposa profesaban á sus hijos adoptivos. El mayor recibió el nombre de príncipe Bahmán, y se llamó al segundo Perviz, como á dos de los más antiguos emperadores de Persia, mientras que la princesita tomó por nombre Periezadeh.

Apenas los dos jóvenes tuvieron la edad suficiente, diéronseles maestros para que aprendieran á leer y escribir, así como también la princesa, que demostraba mucha aplicación y deseo de estudiar. Su talento y su vivacidad revelaban una inteligencia superior.

Desde aquel tiempo, los hermanos tuvieron los mismos profesores, que les daban lecciones de geografía, poesía é historia, instruyéndolos hasta en las ciencias secretas. Tales progresos hicieron los jóvenes, que sus maestros quedaron asombrados, confesando, al fin, francamente que no podían enseñarles más.

En las horas de recreo, la princesa aprendía á cantar y á tocar to la clase de instrumentos, mientras que sus hermanos se instruían en la equitación; pero la princesa no quiso que le llevaran esta ventaja, y empeñóse en aprender también, así como á manejar el arco y la jabalina. Tal era su disposición, que llegó á distinguirse más que sus hermanos en toda clase de ejercicios de agilidad y destreza.

El intendente estaba tan contento con sus hijos adoptivos al ver que se distinguían por todas las perfecciones físicas y morales, las cuales compensaban con creces cuanto había gastado en su educación, que resolvió hacer un sacrificio. Hasta entonces se había contentado con su pabellón á la entrada del jardín; mas ahora quiso obtener una casa de campo á corta distancia de la ciudad, circuida de prados y bosques; y como la que había comprado no le pareciera bastante decente, mandó construir en su lugar otra nueva, tan elegante como magnífica. Allí iba to los los días para dirigir las obras; y tan pronto como hubo una habitación concluida del todo, permaneció en ella cuando no era necesario estar en el palacio del sultán. Terminada la casa, amueblóla con todo lo mejor que pudo adquirir, y mandó formar un parque con arreglo al plano que él mismo trazó. Para esto destinóse un considerable espacio de terreno, el cual quedó protegido por una cerca. Allí se pusieron también algunos ciervos y gamos para que los príncipes y su hermana pudieran cazar.

Cuando todas las obras estuvieron concluidas, el intendente fué á ver al emperador, arrojándose á sus plantas, y, recordándole cuanto tiempo le había servido y cuáles eran sus achaques por efecto de la edad, le suplicó que admi-

tiera su dimisión, permitiéndole retirarse á la vida privada.

El sultán accedió con gusto, tanto más cuanto que el intendente le había servido bien hacía largo tiempo, no solamente á él, sino también á su padre, y preguntóle cómo podría recompensarle.

—Señor,—replicó el intendente,—he recibido tantos favores de V. M. y de vuestro padre el sultán difunto, de feliz memoria, que lo único que deseo es el honor de morir á vuestro servicio cuando sea necesario.

Dicho esto, se despidió del emperador y retiróse con los príncipes y la princesa á la nueva casa. Su esposa había muerto hacía algunos años; y antes de que transcurrieran seis meses, él también falleció repentinamente, sin tener tiempo suficiente para decir á sus hijos adoptivos de qué manera habían llegado á su poder.

Los príncipes Bahmán y Perviz, y su hermana Periezadeh, que no conocían más padre que el intendente del emperador, cuidáronse de su entierro y de celebrar los funerales con toda la solicitud y la pompa que les aconsejó su amor filial; y, satisfechos con la fortuna que se les había dejado, vivieron juntos en la más perfecta armonía, libres de la ambición de distinguirse en la corte, y sin aspirar á los honores y dignidades que fácilmente hubieran podido obtener.

Cierto día, en ocasión de hallarse los dos príncipes cazando, y habiéndose quedado la princesa en casa, una religiosa llamó á la puerta, y pidió permiso para entrar á decir sus oraciones, porque precisamente era la hora de hacerlo. Los criados fueron á solicitar la venia de la princesa, quien dió orden para que la mujer fuese introducida en el oratorio, arreglado en la casa por el difunto intendente, á causa de no haber ninguna mezquita cerca.

La princesa quiso, además, que después de haber concluido la mujer sus oraciones le enseñasen la casa y los jardines, conduciéndola después á su presencia.

La religiosa entró en el oratorio, rezó, y cuando hubo terminado, las dos doncellas de la princesa invitaronla á dar una vuelta por los jardines y á ver las habitaciones de la casa. La mujer aceptó la oferta, siguió á sus conductoras, y observó como persona inteligente todo cuanto había allí de bueno. En los jardines admiró su buena disposición y condiciones, diciendo que la persona que los había trazado debía haber sido maestra en aquel arte. Después fué presentada á la princesa, la cual esperaba en el gran salón, amueblado y adornado con la mayor riqueza y buen gusto.

—Mi buena madre,—dijo la princesa al ver entrar á la devota,—venid aquí y sentaos á mi lado, pues me regocija la oportunidad de poder conversar unos momentos con una persona de vuestro carácter, que ha seguido el

camino recto para consagrarse á Dios. Yo me alegraría muchísimo que todas hiciesen lo mismo.

La devota, en vez de sentarse en el sofá, quiso permanecer de pie; pero la princesa no lo permitió, y, levantándose al punto, obligóla á sentarse á su lado.

—Señora,—dijo la mujer, agradecida á tanta bondad,—no deberíais manifestarme tanto respeto; pero, puesto que sois dueña de vuestra casa, obedeceré.

Cuando la religiosa se hubo sentado, y antes de comenzar la conversación, una de las doncellas de la princesa acercó un velador de caoba, donde había una bandeja con bizcochos, frutas de la estación y dulces.

La princesa tomó un bizcocho, y presentóselo á la religiosa.

—Comed, buena madre,—dijo,—y elegid después lo que sea de vuestro gusto. Después de andar tanto, sin duda necesitáis algún alimento.

—Señora,—repuso la devota,—no estoy acostumbrada á semejantes delicadezas; pero no rehusaré lo que Dios me envía por mano generosa.

Mientras la devota comía, la princesa tomó también un poco de fruta, como para acompañarla; hizo muchas preguntas sobre los ejercicios religiosos que practicaba, y quiso saber cuál era su género de vida, á todo lo cual contestó la mujer con mucha modestia.

Después, hablando de varias cosas, preguntóle qué le parecía la casa.

(Se continuará)

VARIEDADES

CALMA... CHICHA

Para calma la de un capitán de navío de Westersander (Alemania), llamado Saathoff.

Este sujeto desapareció hace cuarenta y dos años, sin que por más averiguaciones que se hicieron consiguieran adquirir la menor huella de su paradero. En su consecuencia, el Tribunal de Emdem, al cabo de algunos años, decretó la viudez de su mujer, y ésta volvió á casarse.

De esto hace veintinueve años. Júzguese, pues, de la estupefacción general que habrá causado en el matrimonio ver aparecer é instalarse en su casa al capitán Saathoff, que reclama á su mujer y dice que ha pasado cerca de medio siglo en Nueva Zelandia.

Parece ser que el segundo marido se niega á entregar su mujer al aparecido y que éste dice que su derecho no prescribe, por lo que han entablado un litigio de difícil solución.